

Entrevista

En una biografía sobre San Camilo, Alejandro Pronzato, pone al término de su labor una “entrevista” con el mismo Camilo

Entrevista a san Camilo de Lellis

Pbro. Alejandro Pronzato

Debía ocurrir esto. Después de haberme familiarizado con él, ininterrumpidamente, y de manera exclusiva, casi obsesiva, durante meses y meses, era inevitable que Camilo ocupase también mis sueños. Recuerdo especialmente uno de esos sueños, durante el cual tuve una entrevista con él. Al despertarme, me apresuré a poner en el papel aquella conversación, que logré retener en mi memoria con suficiente claridad.

Veo que está desprovisto de aureola...

También aquí arriba, mi cabeza sigue estando «aherrojada», como aseguraba el eminentísimo cardenal Salviati. Así, pues, es imposible poner sobre ella la aureola. Además, a mí me hubiera venido mejor tal aureola en las rodillas o en los pies, o en las manos, pero aquí no se estila llevarla...

Alguien sostiene que cuando usted se declara «gran pecador» y «hombre de mala vida», refiriéndose al periodo precedente a su conversión, exageraba un poco. En suma, que era un modo de hablar...

Mi vocabulario no era particularmente rico. Sin embargo, tenía la ventaja de que aquellas pocas palabras conservaban el significado preciso que debían tener. Ustedes, en cambio, habituados como están a todas las sutilezas y matices del lenguaje, cuando oyen a uno que dice convencido: «Soy un miserable pecador», piensan enseguida: «¡Mira qué humilde es!». En cambio, él, es simplemente sincero.

¿Practicó más la caridad de las manos, de los pies o de las rodillas?

Digamos que practiqué sencillamente un poco de caridad. Cuando hay caridad, todo, en una persona, se pone en movimiento. Lo único con lo que la caridad no está de acuerdo es con la inmovilidad.

Una pausa y, luego, continúa sonriendo:

Un momento. La caridad no está de acuerdo tampoco con la palabrería.

Hoy se suele decir que si se practicara la justicia, no sería ya necesaria la caridad.

¡Qué estupidez! La caridad no ocupa el puesto de la justicia. Al contrario, la caridad es el *máximum* de la justicia. La caridad es lo que un cristiano «debe», y digo «debe» en términos de rigurosa justicia, al prójimo. Cuando niego mi amor a un pobrecillo, le privo de algo esencial a lo que tiene derecho, le robo. O sea, pecho contra la justicia.

Se dice también que los problemas se resuelven en la cumbre o desde arriba. Usted, en cambio, habría practicado lo que hoy llamamos relaciones «cortas». O sea, que se habría contentado con la caridad menuda o al por menor; con la limosna, con el asistencialismo, sin eliminar las causas de los males.

No entiendo mucho de vuestras distinciones. Ni, a decir verdad, me interesan demasiado. Desde aquí arriba, sin embargo, tengo la sensación de que aquellos doctos que se empeñan en afirmar que los problemas se resuelven desde arriba, en realidad se

hacen la ilusión de que los resuelven desde su despacho. Y los males, así ni siquiera se rozan, ni en el monte ni en el valle, ni desde arriba ni desde abajo... Personalmente siempre me encontré abajo, atacado por el alud. ¿Qué otra cosa debería haber hecho? ¿Dejar aquellas miserias y salir afuera para ver de dónde había caído el alud? No. Me dejé afectar por los sufrimientos de aquellos que habían sido alcanzados y, tomándolos en mis brazos, intenté, en lo que me era posible, subir, pero sin abandonarlos, hasta la cima, para tratar de eliminar al menos ciertas causas. Cuando los enfermos del hospital mayor de Milán arriesgaban la piel para ir a aquellos retretes infames, no les dije que... “esperaran hasta que yo fuera a discutir en el plan municipal con los responsables”. Traté, mientras tanto, de proporcionar letrinas.

¿Está contento de sus hijos?

Los hijos no son para el padre. Por tanto, la pregunta no me la haga a mí, sino a los enfermos.

Pero, ¿ha habido momentos, desde su partida al otro mundo, en los que se sintió particularmente satisfecho con motivo de sus hijos?

Para abarcar un tiempo restringido, te cito solamente tres fechas: 1624, 1630 y 1656. Son las tres epidemias de peste... Al final de las mismas, la orden se halló diezmada a causa de los religiosos «activos» en el servicio a los apestados.

Le acusaban de ser testarudo.

Tenían razón. La testarudez formaba parte de mi temperamento, casi lo mismo que la pasión por el juego. Pero no quise liberarme de ella, porque la consideraba algo útil. Así, después de la conversión, traté de ponerla al servicio de la fidelidad.

¿Cuál es la cualidad «viril» que más aprecia?

La ternura.

¿Cuál es el valor más importante que se debería testimoniar junto al lecho de un enfermo?, ¿y el defecto más grave?

El valor más importante es la humanidad. Y el defecto más grave es la prisa; la considero, junto con la indiferencia, como una especie de profanación, desconsagración de aquella realidad sagrada que es la persona del enfermo.

Se habla mucho de la deshumanización en los hospitales.

La deshumanización no es un descubrimiento reciente. Hay deshumanización siempre que el enfermo no ocupa el centro, se pone a un lado su dignidad, o también cuando desaparece la persona y, en su lugar, se pone el caso clínico, la enfermedad, o el órgano que está mal. Se da deshumanización cuando el enfermo pierde su rostro, su nombre, y se convierte en un número, en estorbo, en accidente que se puede omitir, en objeto.

¿No es verdad que el enfermo es traicionado incluso en el caso (hablando en el mejor de los casos) de su curación, si no se ha aproximado uno a él en su individualidad), en su totalidad?

Ciertamente. Pero ten presente que la traición que se hace al enfermo, puede depender de que uno se acerque a él sólo parcialmente. Es decir, parcialmente no sólo desde el punto de vista de su totalidad, sino también desde el punto de vista de nuestra totalidad. O sea, que nos acercamos a él (y a veces a una parte de él) con una sola parte de

nosotros mismos. Quiero decir que tenemos la pretensión de acercarnos exclusivamente por parte de lo que hoy ustedes llaman profesionalismo (y, frecuentemente, el profesionalismo se hace a su vez representar, delega su parte a los fármacos, a los análisis de laboratorio). En cambio, el contacto, la relación, sólo puede darse a través del encuentro de dos personas.

La humanidad, ciertamente, es un gran riesgo, que pocos tienen el coraje de afrontar. Porque se trata de arriesgar el propio corazón, los propios sentimientos, la propia sensibilidad, el propio tiempo, poner al desnudo lo que somos (he aquí adónde lleva la verdadera pobreza, como capacidad de compartir lo que somos y lo que tenemos). Se prefiere más bien hacerse sustituir, representar por las capacidades técnicas y profesionales.

¿Sería actualizable hoy su «pensamiento» original de sustraer al enfermo de las manos mercenarias y sustituir a los «criados» por hombres que tengan vocación de madres?

Tal vez hoy el cometido más urgente y realista consista en... bautizar las manos mercenarias. Es decir, intentar que lo sean un poco menos. Que en el centro de los pensamientos, de las preocupaciones, de los debates, de las reivindicaciones, del corazón, no estén siempre y sólo la paga o la carrera. Yo quisiera que mis hijos se convirtieran en memoria constante, inquietante, en aguijón fastidioso y molesto para todos aquellos que andan rondando por los hospitales. Portadores de la utopía evangélica según la cual, para acercarse a los enfermos, no se puede concebir el propio compromiso y la propia entrega exclusivamente como tarea u oficio, como preparación técnica u organización, sino que hay que interpretar la vida en clave de vocación y la propia función en una perspectiva de misión. No está prohibido, ciertamente, aceptar honorarios. Siempre, sin embargo, que éstos no sean la meta principal... Hacer comprender a los seculares que también sus manos pueden y deben ser consagradas. «Más corazón en las manos»: era mi recomendación continua.